

Mariano Latorre

La tragedia de Taquilla

DON CELESTINO. EL PATRON



ON Celestino Muñoz, dueño de uno de estos fundos agrestes de la cordillera de la costa, mosto y carbón, cabras y mostos, me contó la historia de su hermano de leche Rosamel Villagrán, el Taquilla, bajo el rumor de los plátanos de la plaza de Constitución un verano.

Don Celestino es un cincuentón robusto y campesino.

Alto, de ojos vivaces, de resuelto ademán. Nació en los cerros costeros y se crió en la montaña, junto a las cabras y a los hualles y de ahí no ha querido salir nunca.

Como uno de esos pellines que aun restan de la antigua selva en el borde gredoso de la quebrada, permanece aislado y solo. Ni siquiera se ha querido casar y no hace falta, según su expresión. Innumerables huachitos (nariz de águila, ojos zorrunos) se revuelcan en las cercanías de los ranchos cordilleranos y algunas

siegan trigo en los veranos o cortan racimos en las vendimias otoñales.

No le arredró el asesinato de su padre en una fiesta de la aldea del Empedrado, compañero cordillerano de Chillehue ni los intentos frustrados de sus enemigos de los cerros, en contra de su vida.

—Yo tengo la vía curá, mi amigo, contesta con satisfacción. No me entran las balas. Rebotan no más como en los riscos.

Sin embargo, no abandona el revólver que ya se ha hecho parte intengrante de su persona.

No es, tampoco, un hombre inculto, estudió hasta el cuarto año de humanidades en el Liceo de Cauquenes y como es amigo del Gobernador de Constitución y del juez (cada cierto tiempo un cordero atado llega a la casa de ambos funcionarios) ha conseguido el juzgado de subdelegación de la comuna de Peñalquín en la falda del cual verdean sus viñedos y cuelga, como un nido de aguiluchos, su casa de corredores.

—El Juzgado es un revólver que no dispara, comenta riéndose y más seguro que el otro, porque no yerra tiro.

Para mi amigo Celestino, la tierra no tiene secretos ni los hombres ni las mujeres, a quienes maneja con su política astuta, la única posible entre los montañeses.

Así justifica el despotismo de sus resoluciones y su actitud casi hostil frente a sus inquilinos y allegados.

TAQUILLA, EL HERMANO DE LECHE

Escribía unas cartas en el corredor de mi casa (interpretado sin lograrlo el pintoresco lenguaje de mi amigo) cuando el mosconeo insistente de una conversación, de una conversa, dice él, me interrumpió.

Era bajo mi ventana, en el corredor o al abrigo sombrío de una ramada de arrayanes, adosada a la casa.

Voces de campesinos, cascadas, monocordes, aburridas que rompían la soñolienta crepitación de la siesta serrana.

—Porque ha saber, mi amigo, que todos en la montaña hablan igual.

Tal vez uniforma el timbre de la voz una idéntica manera de pronunciar las palabras, elevando en un tono cantante las sílabas finales o quizá porque son las mismas cosas las que siempre ocupan su conversación y unos mismos alimentos y un mismo paisaje el que las ha modelado en el correr de los siglos.

Sin ver las personas, difícil me hubiera sido reconocer quienes eran los que hablaban.

Hay que agregar a esto que el espíritu de todos los hombres de los cerros es pasmosamente igual y descontando una mayor humildad o una insolencia altanera, (sobre todo si el serrano ha hecho el servicio militar o ha estado en las salitreras) su reacción frente al dueño

de la tierra, al rico, aunque sea su vecino o a la autoridad, es siempre la misma.

Es una defensa y al mismo tiempo su lado débil, pues el dueño de la tierra, con frecuencia el representante rural de la justicia, ante la imposibilidad de entenderse en forma clara con ellos, prescinde de sus silencios astutos y de sus respuestas esquivas y los hace cumplir por la fuerza con sus compromisos.

A fuerza de oírles, terminé por distinguir (son cuarenta años de contacto con ellos) una voz débil, pedigrüña, que exigía algo y otra más entera y varonil que negaba.

Dejé las cartas y me asomé a la ventana entreabierta.

La actitud de los hombres era muy distinta de lo que dejaban entender sus voces, pues fumaban tranquilamente, sentados en el pértigo de una carreta, colocada bajo la ramada de arrayanes.

Se pusieron de pie al verme.

Reconocí a Rosamel Villagrán, mi vecino y hermano de leche, pues mi mamá era su madre y al mayordomo, José María Medel, que vivió muchos años en el valle central y hacía muy poco que había llegado a Peñalquín. De ahí que no precisara su voz.

—¿Qué te pasa, Taquilla que gritas tanto? — le preguntó en tono de broma.

Desde niño, por la pequeñez de su estatura y por la cabezota redonda y frentuda, demasiado grande para sus piernas, le habían puesto ese apodo y a pesar de

sus protestas, sobre todo si estaba borracho, el sobre-
nombre absorbía el apellido, porque nadie lo llamaba
Rosamel Villagrán sino Rosamel Taquilla, según el
uso de la montaña.

Contestó el mayordome por él:

—Es que éste quiere que le fie un litro de chicha
y yo li' hay dicho que esa chicha está vendida ya en
Constitución.

Vivamente intervino Taquilla y con un tono de fa-
miliaridad risueña, muy frecuente en su trato con el
hermano de leche repuso:

—¿Y qué tanto li' hará a la cuba grande un litrito
e chicha?

Le respondí en broma:

—¡Este Taquilla cada día más fresco! La otra se-
mana te precisé para la boca-toma del canal del Litre
y no te apareciste por aquí. ¡Y ahora li' ha entrao la
sed de repente!

Su cara ancha, de agudos pómulos de un rojo claro,
como si un poco de vino se hubiera derramado por sus
facciones, quedándose para siempre en ellas, se inflama
aún más al iluminarla la cruda luz estival que se cuela
a través de las ramas de arrayán y dibuja óvalos tem-
blones y vivos en la tierra pedregosa.

—A eso vengo, don Celeste, pero ¿quién aguanta
la sed con este calor? Tengo que estar alentado pa cavar
esa tierra tan redura.

—Pero tú sabes que esa chicha está comprometida
y lo que queda en la cuba lo precisamos para la trilla.

—Escasaza tá la plata, pero algo me dará su mercé a cuenta de la cava.

—¿De modo que la plata está escasa?

—Naitita se merece, on Celeste.

—¿Y esa yunta de bueyes claveles que tiene en el bajo?

—Una miradita pá toas partes me costaron no más, responde, con un gorgorito cascado. Es su risa que subraya una hilera de dientes largos y negruzcos.

Agranda el asombro los ojos del mayordomo, pero se tranquiliza al observar que yo, el juez, celebro como si tal cosa las palabras de Taquilla.

—Bueno, José María, le digo, dale un litro al Taquilla ¿qué tanto le hará a la cuba?

Pero dejando el tono chancero, le ordeno con energía a mi hermano de leche.

—Te vas luego a la boca-toma, a empezar la cava. Necesito esa agua para regar el papal.

—Como no, don Celeste, al tiritito me las endilgo p'al cerro, responde alegre y seguro de sí mismo.

—José María te daré las herramientas.

Una alegría infantil anima la grotesca facha de mi hermano de leche ante la proximidad del vino que va a beber. Sus piernecillas cortas se mueven con agilidad en dirección a la bodega, pero yo le vuelvo a cortar malignamente su alegría:

—Ya sabes, Taquilla, que si el foso no está hecho hoy te meto al cepo como la otra vez.

Se vuelve rápidamente. Algo dice que yo no oigo,

pero sí advierto el gorgorito cascado de su risa que da la impresión de perder su timbre al pasar por la deteriorada dentadura.

Subo al comedor y termino mis cartas comerciales. Cabeceo un instante, adormecido por el contrabajo de abejas y moscardones de la siesta serrana, dueña de los cerros por varias horas.

Las entrego al mayordomo que debe llevarlas a Chillehue una hora más tarde y sólo entonces vi que Taquilla, con el chuzo al hombro atravesaba el camino en dirección a la vertiente.

Caminaba perezoso, agobiado por el calor. Se detuvo dos veces; luego se perdió en los matorrales.

En los perales e higueras, diseminados en una hondonada suave, chirriaban incansables las cigarras, dando voz a la vítrea inmovilidad de la luz.

Temblaba, cálido y fulgurante el aire arremansado en la oquedad del vallecito de Peñalquín, quebrando las perspectivas, desfigurando las copas de los árboles, incorporando en su danza enceguecedora todas las cosas del rincón cordillerano, hasta el vuelo inflamado de las abejas.

Sólo los cerros, por encima de la ebullición del aire recalentado, se inmovilizaban en su pesada modorra de monstruos.

Fuí a mi cuarto y me eché en la cama, adormecido también, como la tierra, por este beleño de la siesta en los cerros.

Desperté a las cinco de la tarde. Ya la siesta había

pasado y una calma suave envolvía a la campiña fatigada.

El aire bajaba de las quebradas húmedas y los pájaros llenaban la tarde de sonoros revuelos y píos fugaces.

Un chercán, que anidaba todos los años en el hueco de un alero, iniciaba su acarreo de semilla de la huerta al nido, del nido a la huerta.

Decidí acercarme a la vertiente a inspeccionar el trabajo de mi hermano de leche. Subí a pie la colina y bajé hasta la quebrada, donde un esterillo, juguetón y ruidoso, saltaba entre enormes piedras puntiagudas.

El foso debía recoger esta agua, la única del fundo en los veranos y empalmar con un canal que ceñía el cerro.

No había señales de vida en la quebrada y lo que es peor ni muestras de trabajo en el foso.

Volví furioso a casa. Estaba dispuesto a meterlo en el cepo de roble por su cinismo o a castigarlo en forma efectiva.

El mayordomo había vuelto ya de Chillehue y me esperaba sentado en el pértigo de la carreta.

—¿Has visto a Taquilla por ahí?

—Allí hay uno durmiendo la siesta. Lo vide de pasada. El ha de ser, digo yo.

No iba a nombrarlo, es la manera de esquivar las responsabilidades en la cordillera, pero seguramente era Taquilla.

—¿Qué le diste más vino tú?

—¡Cómo se le ocurre, patrón! Lo que Ud. me dijo, no más.

—¿Y como se curó con tan poco?

—Hecho una zalagarda, me notició la comaire Cata, lo vieron por el lado de Los Trejos.

—Este empañó el chuzo para tomar. Una vez que la agarra, ya no la suelta.

—Así ha de ser, patrón, respondió filosóficamente el mayordomo.

—Pero esta vez me las va a pagar este curao bribón, amenacé, avanzando hacia el camino.

Unos boldos de copa redonda ennegrecían con sus metálicos follajes la hondonada, no lejos de las casas. Restos del bosque cerrado que conocí yo de niño en ese mismo lugar.

Mientras caminaba, mi cólera se iba apaciguando y terminé por recordar con incontenible buen humor la vida pintoresca de mi hermano de leche.

Era un caso curioso de habilidad en la sierra, donde en general, los hombres son callados y torpes.

Un degenerado, sin duda; pero un degenerado con increíbles dotes de artesano.

Era el carpintero, el albañil y el escribiente de los cerros.

Los muros de adobe de las casas campesinas y maticizas puertas de pellín, las arqueadas duelas de lagares y pipas, los ataúdes de los difuntos y los escritos de los pleiteantes cordilleranos, fueron hechos por Rosamel Taquilla, en los días buenos y laboriosos como eu

los malos días, acuciado por una sed que no se calmaba nunca, andorreaba por los caminos, empeñando en cantinas y boliches cepillos y palas, azadones y chuzos.

Se contaba que su mujer, una hembra flaca y de mal genio, salía a buscarlo y se lo llevaba a su casa, castigándolo como a un chiquillo.

Herido en su dignidad masculina, Taquilla abandonaba el campo y se perdía por meses enteros sin que nadie atinase a decir donde estaba.

Era otra de las actividades de su múltiple temperamento: el cuatreroismo, pero no un cuatrero sistemático, sino ocasional y astuto, cuyos robos nunca le acarrearón persecuciones de la justicia.

Volvía al rancho montado en soberbios caballos, le conocí tres o cuatro o con yuntas de bueyes del valle central, tan diversas a las de los cerros, por lo común, pequeñas y flacas.

Y a las preguntas deliciosas de los serranos, respondía con frases clásicas:

—Y di' hay, cuarenta leguas de camino me costaron y una miraíta pa toas partes.

Mientras vivió la madre, mi mama, de la cual era hijo natural (nunca se averiguó el nombre del padre), Taquilla usaba el apellido materno Villagrán, tan conocido en la serranía y mi abuelo, primero, y yo, después, lo consideramos como parte de la casa, algo así como el perro o el caballo.

—No se extrañe, mi amigo, en los cerros se vende y

se compra al hombre o a la mujer como a un caballo o a una vaca.

Y Rosamel era el huachito dao por la mama de quien se disponía como de cosa propia.

Pero muerta mi mama, Taquilla no transiguió con lo de huachito dao y un día, sin despedirse de nadie, se fué de la casa y desapareció por dos años.

Supe más tarde que había vuelto y casado. Fuí el padrino de su primer hijo. El parentesco montañés no se rompió, como Ud. ve.

No fué muy difícil dar con él. El ruido de sus ronquidos llenaba toda la hondonada. Allí estaba, bajo uno de los boldos, hecho un montón de harapos sucios. Sólo se veían las gastadas plantas de sus ojotas, pues la cabeza la ocultaba la ramazón. Parecía muerto, a pesar de los ronquidos. Tan inconsciente que hasta las ariscas moscas de los cerros, dueñas del viento, se posaban sobre su cara granulosa con voluptuoso regalo.

Le grité en voz alta:

—¡Levántate, Taquilla!

No dió señales de vida. Lo recibí, cogiéndolo de un brazo. Lo solté. El brazo golpeó la tierra. Nada. Dejó de roncar. Fué el único signo de vida.

Lo di vuelta con un brusco empujón e inesperadamente se sentó. La cabezota llena de tierra y de granos vinolentos se balanceó inerte, de un lado a otro, como si fuera postiza.

Le volví a hablar, preguntándole por el chuzo. Nada. Con un movimiento pausado, la mano negra y hue-

suda intentó llegar a la nariz, pero quedó a medio camino, desplomándose inerte y con ella el cuerpo entero. A los pocos segundos, roncaba de nuevo y las moscas reanudaban su banquete sobre su cara granujienta.

Desistí de mi empeño y volví a las casas. Ya me entendería con él, cuando se le pasase la borrachera. Así sucedió muchas veces.

Comí antes que el sol desapareciese en los cerros azules de la costa.

Bajo el corredor, como todas las noches en el verano, fumé mi cigarrillo y vi aparecer la luna tras la espalda del Peñalquín.

Luna llena y limpia que suaviza los bosques cargados de polvo gredoso y quita su aspereza a los riscos puntiagudos.

Los dorados trigales serían en breve remansos de plata lunar. En sus anchas hojas metálicas los maizales recogerían fragmentos de su fuente luminosa y en el estero correría la luna, disuelta en los borbotones de la corriente.

Millones de grillos criquillaban en cada juntura de las maderas o surcos húmedos y en las vegas se elevaba cristalino el croar de las ranas nocherniegas.

Medio dormido, oía los trajines en la mediagua que hacía de cocina y el seco golpe de los colmillos de un perro que roía un hueso.

Me fuí a mi dormitorio y sin luz, la luna bañaba de claridad el cuarto, me desvestí y caí en un sueño profundo.

Debí dormir varias horas. Desperté, de pronto, al crujido de la puerta de la pieza, empujada desde el corredor.

En el campo, sobre todo en la montaña, los oídos se afinan. Aunque se esté dormido, todo ruido anormal termina por oírse.

Reinaba una obscuridad profunda. La luna se había ido ya. Me enderecé en la cama y amartillé mi revólver, en espera de lo que podía venir.

Crujió de nuevo la puerta suavemente y se abrió, de golpe, con estrépito. El ladrón o lo que fuera no conocía la fallas de sus bisagras.

De un salto, me coloqué tras el ángulo de la puerta y esperé. Sentí el ras de unas ojotas en los ladrillos, lo que me hizo comprender que el que había empujado la puerta se alejaba hacia el campo.

—¿Quién anda ahí?— pregunté.

No contestaron.

—Si no contestan, disparo, amenacé.

Y de pronto, una voz afónica, humilde, cobarde, habló desde la sombra.

—Soy yo, patrón Celestino, que me equivoqué de puerta.

Cuando venía a las casas mi hermano de leche alojaba en el cuarto de las monturas. Por consiguiente, la equivocación se explicaba.

—Andate al lado, curao del carajo. Cuando se te pase la mona arreglaremos cuentas. Por poco te disparo.

Sentí el rápido rastreo de sus ojotas en los ladrillos y luego el silencio volvió a posesionarse de la casa.

TAQUILLA, EL BORRACHO

Me levanté al primer diucazo. Era mi costumbre, porque para todo buen montañés el alba y la noche son los instantes más agradables de la cordillera de la costa.

Los pelados cerros son hoscos a la luz plana del mediodía y de la siesta. Se ven demasiado sus lacras terrosas y su estéril desnudez, desde la greda roja de los barrancos a los caballejos huesudos y a los harapos parchados de los serranos.

Y esos mismos cerros y esos barrancos alucinantes y las vegas regadas por modestos hilillos de agua, tienen no sé qué misterioso embrujo en las horas primeras del alba, cuando las diucas gotean sobre el aire incoloro sus trinos con sabor o boldo maduro y el pidén anima el raudal soñoliento con su húmedo chirrido.

La carreta, lista desde la tarde anterior, debía salir cuanto antes con la pipa de chicha, vendida en Constitución.

Terminé de redactar cartas y facturas. La cocinera hacía fuego en la mediagua y el mayordomo no debía tardar.

Apareció con el sol. También su cara tostada tenía la nota rosa de todo en ese instante.

Una lloica cantaba al sol naciente su pastorela indígena y el chercancito moreno, terrón de tierra que vuela, empezaba su rústico acarreo de semillas para la chilladora pollada.

El mayordomo, diligente, ayudaba a los fleteros a preparar las coyundas que iba a utilizar en el viaje.

Luego lo vi atravesar el patio en dirección a las bodegas, y alistar la pipa seguramente.

Iba a sentarme en la mesa para tomar mi desayuno, cuando apareció de nuevo con un aspecto desolado.

Pronunció unas palabras atropelladas que no comprendí.

—¿Qué diablos dices, Medel, que no te entiendo?

Decidido y rehecho ya, me dijo, yendo hacia la puerta:

—Mejor será que Ud. mismo lo vea patrón.

Lo seguí hacia la bodega, enorme cuadrado de muros de adobes, construido en una cavidad del cerro.

No me fué difícil adivinar lo que había pasado, cuando vi el hueco negro de un tablón, arrancado de la gran puerta de roble de la bodega; y mucho más, al observar una lengua roja, de vino indudablemente, que ya la tierra empezaba a absorber.

—¡Abre!—le dije al mayordomo.

El piso entero de la bodega de tierra endurecida, rojeaba con pozas espesas, salpicadas de burbujones de espuma sólida de un tono más claro.

Sorteamos los montículos de tierra más alta, como si fueran las piedras de un arroyo.

Se clavaron nuestras miradas en la pipa grande, la que iba a ser llevada al puerto, precisamente.

Goteaba aún el hueco negro, sin el espiche que como un barquichuelo, sobrenadaba en la poza más cercana, fondeado con los batros que lo ajustaban a la pipa.

Un olor acre de tártaros en descomposición, el olor de las bodegas, se hacía más agudo con la evaporación del vino derramado.

Sin titubear, ya había adivinado quien era el culpable, pregunté secamente:

—¿Quién ha visto a Taquilla?

La cara plácida de Medel y las barbudas de los carreteros no cambiaron su actitud indiferente, pero los ojos bailaban inquietos comunicándose lo que ya habían presentido.

Conocía a mis hombres, no en balde nací en los cerros y sabía que no serían ellos los que denunciasen voluntariamente el paradero de Taquilla, pero no ignoraba, el serrano es cobarde, que una amenaza del juez los haría hablar.

Volví a preguntar, alzando el tono de la voz:

—He preguntado si alguien ha visto al Taquilla por aquí.

Salté de nuevo los islotes de tierra y ya en la puerta, amenacé:

—Quiere decir entonces que tú, Medel, pagarás el vino, porque la bodega está a tu cargo.

Tocado en sus intereses, el mayordomo se atrevió a hablar:

—¡Qué culpa voy a tener yo si declavan la puerta y dejan abierto el espiche!

—¡Qué sé yo, repuse, pero alguien tiene que pagar el vino!

En las relaciones entre patrón e inquilino, desde tiempo inmemorial, el dueño de la tierra nunca ha perdido. Así procedieron mis padres. Así procedía yo. No sé si esto se originó en un abuso consciente de los patronos o si fué el medio de resarcirse de la natural rapacidad de los serranos en las cosechas del fundo.

Entonces, uno de los carreteros, muchacho joven que no era de la cordillera, tartamudeó:

—Yo vi a on Ta... (se corrigió y dijo) a on Villagrán, durmiendo en la zarzamora del bajo, cerca del estero.

Sin decir nada salí al campo y bajé rápidamente el declive, donde estaba la viña, en dirección al estero.

En un zarzal tupido dormía el Taquilla, abierta la boca desdentada y roja de vino la sucia camisa campesina.

Esta vez, mi actitud no fué muy amable. Lo hice volver a la realidad a puntapiés, pero en sus carnes duras e insensibles, los puntapiés parecían papirotazos sin importancia.

Lo cogí de los hombros de su mugrienta chaqueta y lo senté en la tierra.

Sus ojos turbios empezaron a llenarse de luz, de luz externa, de la luz de la mañana, ya clara y sonora de trinos y de zumbidos.

Súbitamente esa mirada se tiñó de conciencia. Se detuvo, primero en su lecho de tierra y de zarzas; luego en mí, sin conocerme.

—Levántate, borracho de m... lo increpé con rabia.

Como la cabeza empezara su oscilación mecánica, lo volví a coger del chaquetón y lo puse de pie. No fué difícil sostenerlo como a un espantajo de trapo raído, tal era su flacura.

Noté que se asentaba en la tierra, pero lo mantuve sujeto por temor de que se desplomara.

—Anda, Taquilla, si no quieres que te lleve a la rastra.

Debió darse cuenta de lo que pasaba (su individualidad se despertaba en él), pero haciendo un brusco quite se desprendió de mis manos y se puso a algunos metros de distancia.

Con voz precisa, sin asombro de borrachera, protestó:

—¿Y pa onde me quiere llevar, entonces?

—Vas a ir conmigo hasta las casas y allá me dirás lo que has hecho del chuzo y del vino de la cuba grande.

Sin mirarme, enfurruñado y rebelde, dijo con voz sorda:

—No tengo pa que ir a las casas. Yo me voy pa mi casa ahora.

Y con un salto ágil, increíble en su estado de debi-

litamiento, saltó la cerca y corrió por el lecho de arena del estero, en dirección a la otra orilla.

Salté yo a mi vez y logré cortarle el paso antes de llegar a la cerca de la margen opuesta.

No quería castigarlo. Su agresividad de bestia perseguida podía despertar mi inquina y por eso llamé a grandes voces al mayordomo.

Sabía perfectamente que me había seguido. En los cerros, no se pierden así no más espectáculos semejantes. Son, al contrario, sus entretenimientos habituales, como los velorios y las trillas.

Al ver llegar, entre los arbustos, a Medel y a los dos carreteros, Taquilla comenzó a gemir con un llanto agudo y animal.

En ese momento, estaba dispuesto a todo. A matarme, si hubiera tenido un arma a su alcance.

Intenté tranquilizarlo con palabras afectuosas.

—Si no te vamos a hacer nada, Taquilla, pero debes ir a las casas para arreglar nuestro asunto.

Se había parado en medio del arroyo (su pueril cobardía lo creyó un lugar inaccesible) y lloriqueaba lamentablemente:

—Pa que me quiere llevar a las casas. Yo me voy pa mi casa, porque falto de allí dos días.

—¿Y ahora no más te vienes a acordar de tu casa, huacho alzado?

Había hecho un leve signo a Medel y nos íbamos acercando a él, poco a poco.

Supuse que la amenaza de ponerlo en el cepo lo aterrorizaba y mis palabras fueron nuevamente amables:

—Anda, tonto, si no te voy a meter en el cepo.

Y como estaba ya muy cerca de él, di un salto y lo cogí de los brazos. Se debatió como un poseído, pero sus fuerzas no existían casi. Tuve que sujetarlo de la cintura para que no cayera al agua. De sus carnes lacias y flacas, se desprendía un abominable olor a ropa sucia y a fermentos de vino.

Medel y yo lo llevamos como un cordero, de los brazos y las piernas, por entre los matorrales de la loma hacia la bodega. No cesaba de lloriquear como un niño indefenso.

Sudábamos la gota gorda ascendiendo el declive, aunque pesaba menos que un puñado de ramas secas, pero ya el sol había bebido el rocío de los follajes y el calor se posesionaba del campo.

Lo dejamos caer en la bodega misma y a la orilla del vino. El olor de las pipas obró milagrosamente sobre él.

Sus ojos turbios, que circundaba un ribete rojizo, del mismo color de las borras, miraron en torno como recordando un lugar conocido y se animaron con la estupefacción del asombro, al mirar la pipa sin espiche que destilaba aún, con metálica cristalinidad, su rojo goterón.

Y en su mirada incolora, donde se escondía su vencida culpabilidad, vi claramente, en unos segundos, al borracho nocherniego, agujoneado por su trágica sed.

Primero, tanteando las puertas con temblorosa inde-

cisión; luego, la idea que ilumina repentinamente su cerebro.

Taquilla conocía la bodega más que nadie. En muchas vendimias, fué el artífice; las pipas y fudres eran hijas de sus garlopas y su martillo.

Astutamente, mediante una cuña, desclava la tabla del portón. Su cuerpo flaco pasa a la bodega con la elasticidad de una culebra.

El acre aroma de los tártaros, el suave de los vinos en reposo, borra sus últimas vacilaciones.

A obscuras; pues sólo un suave resplandor de la clara noche penetra por el alto ventanillo, busca el espiche de la cuba grande. La espuma canta en el litro de hojalata y mucho más al mojar su gaxate de borracho insaciable. La inquietud le da al licor robado un sabor voluptuoso, único. Por último, la sombra de la ebriedad que lo bota sobre la tierra húmeda del piso y lo sume en una modorra inconsciente.

El espiche abierto ha aflojado por la presión del líquido, los batros que lo ajustan a la pipa y el vino comienza a cubrir la tierra, súbitamente libertado de su calabozo de madera.

Su cabeza roja la ha inmovilizado el estupor. Sus ojos turbios se han fijado medrosamente en mí. Y es lastimosa su mirada húmeda de perro apaleado.

El campesino ha despertado en él. Sabe el mal que ha hecho. El vino es el producto más valioso de los fundos cordilleranos.

Aprovecho su indecisión para agravar su falta. Yo también tengo mi plan.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, borracho sin conciencia? Ahí están las arrobas de vino vendidas en Constitución. ¡A ver si puedes echarlas de nuevo a la pipa!

Y la mirada de Taquilla y las de Medel y los carreteros se inmovilizan, fijas en la torva modorra del vino derramado en el piso.

Levantán la cabeza, sólo al oír de nuevo mi voz:

—Tú sabrás como vas a pagarme el daño. Son seiscientos pesos, por lo menos.

Seguro de sí mismo se levanta Taquilla. Algo se ha formado en él y pugna por salir. Así lo comprendo y le dijo:

—¿No me has oído, Taquilla?

Su mano flaca juega en la manga desflocada de su chaquetón, rozando histérica su costado.

—Sí, patrón, asiente.

Y es ahora su carota ajada y vinosa, que rayan estrías de polvo endurecido, la que se anima con una sonrisa picaresca, la sonrisa de Taquilla.

—Como pueda se lo pagaré, patrón.

He ahí una respuesta típicamente cordillerana al iniciarse un negocio o uno de esos trueques tan comunes en los cerros.

—Con algo encima se pueden ceder la yunta de claveles, respondi, exagerando el valor del chuzo y del vino perdido.

La respuesta de Taquilla la conocía yo de antemano:

—¿Qué yunta, patrón?

Riéndome, le repliqué:

—Esa que te ha costado cuarenta leguas de camino y una miraita pa toas partes.

Y el interés se avivó en los oyentes, cuyos movimientos nerviosos fueron carraspeos disimulados y roce de las ojotas en el piso.

Un silencio lleno de expectación siguió a esto. Y en este silencio pasó frufrujeando el alma de los cerros, con algo de vuelo sedoso de murciélago o deslizarse de rapsoda por la tierra. Algo que nacía de nosotros y se hacía visible fuera de nosotros y solamente para nosotros.

Sabían ellos y lo sabía yo que esa yunta, la tercera o cuarta que Taquilla había traído de sus correrías misteriosas, valía mucho más que el chuzo y el vino de la pipa, aunque el mal talaje de los cerros la hubiera malogrado en parte, pero un buen negocio y se entiende por esto la práctica hábil de engañar al contendor, mediante la apariencia de la legalidad, es motivo de elogio entre los serranos, una de tantas exteriorizaciones de la astucia, principio y fin de la psicología cordillerana.

Y sabía, igualmente, que Taquilla, envalentonado por el trueque, que lo elevaba inesperadamente al nivel del hermano de leche y del juez de la región, reaccionaría de igual a igual.

—Mañana se la traigo, on Celeste, respondió con voz entera.

Volví la espalda para alejarme de la bodega.

Taquilla me detuvo para decirme:

—¿Entonces, on Celeste, este vino es mío?

—Naturalmente, respondí saltando por encima de las pozas.

Un ruido insólito, un gorgoriteo semejante al de un perro que bebe en el estero, me hizo volverme.

El Taquilla se había arrodillado en la tierra y en esa posición desaparecían casi sus piernas cortas, destacándose la cabeza y en la cabeza la ancha boca que tragaba, a grandes sorbos, el vino de una de las pozas.

Movíanse, acompasadamente, las mandíbulas y la boca, en forma de embudo, hizo bajar en unos segundos el nivel de la poza de vino.

Y eran singularmente afines, vistos tan de cerca, las rojas florescencias de su cara con las borras cremosas depositadas en el suelo.

Los serranos lo miraban con esa curiosidad impasible que no se inmuta, ni ante lo grande, ni ante lo más insignificante, idéntica en la vida de todos los días y en la muerte, para ellos como el ponerse del sol y la aparición de las sombras.

Se lo confieso, amigo, salí del campo algo descontento y rabioso, pero la dorada ebullición de la mañana, cercana del mediodía, plena de trinos de pájaros y chirridos de insectos, limpió mi inquietud y llenó de aire puro mis pulmones.